

La esperanza en contexto apocalíptico.

Simón Pedro Arnold o.s.b.

La esperanza, no es un horizonte ni una perspectiva de futuro. La esperanza es una actitud de cara al presente.

Está de moda, hoy, preguntarnos por la esperanza y sus motivos, en la coyuntura dramática por la que pasan la Iglesia y la Vida Consagrada. Nuestra cultura es, por cierto, cada vez más escéptica en cuanto al futuro, su propio futuro. Gira, enloquecida por el torbellino de su presente, en un movimiento perpetuo en tiempo real. ¿No se nos exige, acaso, replantear seriamente el sentido mismo de la esperanza? ¿No será que nos hemos equivocado de esperanza?

Del Éxodo al Apocalipsis.

Desde cincuenta años, es costumbre, en la Iglesia latinoamericana, caracterizar los tiempos por los que pasamos por simbólicas bíblicas.

El optimismo liberador de la salida de Egipto.

En la década de los 70-80, al salir del optimismo conciliar y de la euforia de la conferencia de Medellín, nos sentíamos en Éxodo, próximos a salir de Egipto o, mejor aún, a penetrar en la tierra prometida de la democracia y de la justicia.

Era el tiempo de la Teología de la Liberación y del auge de la opción por los pobres, paralelos, en el plano religioso, a los movimientos políticos revolucionarios, vigentes en todo el continente. Con esta clave de lectura de la coyuntura histórica, todo parecía claro. Se sabía quien era el faraón, el opresor; se conocía al libertador, Moisés; parecíamos estar al tanto de los caminos más directos para llegar, en poco tiempo, a la tierra donde mana leche y miel.

El Éxodo es, por excelencia, el tiempo de la justicia y de la ley. Creímos firmemente, y con mucho entusiasmo, en el rol de las estructuras político-sociales y de los discursos ideológicos, militantes y totalizadores, para alcanzar nuestros objetivos. En esta perspectiva y este contexto, la esperanza estaba delante de nosotros, casi al alcance de la mano. Con poco, se confundía con un Reino comprendido principalmente como *proyecto histórico*.

En esta convicción, nos acompañaba una Iglesia, aparentemente unánime y convencida, encabezada por pastores admirables, cuales nuevos Aaron y Myriam, guías espirituales y teológicos de extraordinario nivel moral, espiritual e intelectual, y testigos admirables desde el compromiso de base. Fue una era de santidad.

El pesimismo del Exilio.

Pero, ya a las finales de los años 80, y durante toda la década de los 90, la duda empezó a insinuarse, a crecer y a carcomernos. A la luz de la crisis política (dictaduras y violencia terrorista) y económica, la esperanza, comprendida como proyecto histórico, empezó a desmoronarse aparatosamente. Se habló, entonces, de Exilio.

La referencia a esta nueva etapa de la aventura del pueblo de Israel mantenía, bastante claros, los criterios de análisis y de evaluación de la coyuntura anterior. El opresor seguía igual. No había cambiado. Los caminos de la liberación tampoco.

La debacle se explicaba por las traiciones y pecados del pueblo y de sus propios líderes históricos. Tampoco habíamos tomado suficientemente en cuenta la tentación de los pobres por las ollas de Egipto y las sirenas opresoras. Además, habíamos dejado de lado aspectos imprescindibles del cambio: la cultura, la religión popular, la espiritualidad etc.

En cuanto a la Iglesia, tuvimos que reconocer que los viejos sectores conservadores, descartados en el Concilio, no habían muerto y esperaban la hora de su revancha. En la Vida Religiosa, cometimos el error de creer que el compromiso de una minoría profética llevaría en su dinamismo al conjunto. No sopesamos bien la importancia del estatus quo, de la inercia institucional y de la prioridad de la seguridad conservadora en todo grupo humano.

Como en Babilonia, fue un momento de silencio, de profundización y de conversión. Era el tiempo de los profetas. Sin embargo, la esperanza estaba todavía en nuestros proyectos. Sólo que se expresaría como *nostalgia* de la pureza perdida, denuncia de los pecados propios y ajenos, y voluntad de desarrollar una mística menos inmediatista. Había que preparar los caminos del retorno y de la reconstrucción del templo, aunque con expectativas mucho más modestas, como en los libros de Esdras y Nehemías.

La perplejidad apocalíptica.

Pero tampoco regresamos del Exilio. Al contrario, parece que entramos en una etapa de turbulencias continuas donde ya nada está claro. La Iglesia conciliar no es ya, ni siquiera, un recuerdo. El sistema institucional, afincado en sus privilegios, no sabe como abordar el terremoto mortal que le afecta, principalmente en el plan moral.

Todo se da como si las mismas fuerzas cósmicas y espirituales estuvieran en un enfrentamiento a muerte, y asistimos impotentes al desmoronamiento de nuestras convicciones más sólidas, como son el Reino, la democracia y la justicia.

Todo anuncia el fin del cristianismo histórico y los profetas del Exilio, envejecidos (o desaparecidos), contemplan, mudos y sin explicación, este combate universal donde no tenemos, al parecer, gran cosa que ver y que decir.

Es el tiempo de la resistencia ciega y terca, de la casi clandestinidad, del combate solitario por ser fiel a convicciones que nos habitan y no parecen convencer más a nadie. Los que llegamos al final del recorrido, nos volteamos y encontramos el desierto detrás. Hasta en los países donde nació y se consolidó la democracia, el poder está en manos de bandidos, o de jóvenes lobos cínicos, en busca de sus propios intereses, por encima del bien común.

Una Iglesia de jerarcas ancianos, sólo practica la política del avestruz, sin asumir de verdad y con algo de valentía, sus propios desafíos de cambios internos. Este es un tiempo de muerte donde ya no podemos hablar de esperanza fuera de nosotros mismos, ni en un proyecto histórico, ni en un retorno nostálgico.

Más que de esperanza, pareciera que este sea un momento para la fe, contemplando la cruz y convencidos que la muerte producirá vida, pero sin poder imaginar la forma ni los tiempos de esta resurrección. Estamos listos para una lectura apocalíptica de la Historia.

América Latina entre Teología de la Liberación y Nuevos Paradigmas.

Estas tres lecturas de la crisis, con sus claves propias de esperanza, nos han llevado, hoy, al verdadero desafío de vida o de muerte: la cruz está plantada ante nuestros ojos y todo el resto del paisaje parece haberse borrado.

Tal coyuntura nos conecta, providencialmente, con un dogma fundamental de nuestra fe: la bajada a los infiernos. Cuando ya no hay, a primera vista, ningún motivo externo de esperanza, entonces surge el desafío verdadero. Se trata de transformar esta crisis en prueba, según la intuición apocalíptica.

La crisis subraya el impasse de una situación sin salida. La prueba, al contrario, es el acto heroico de la fe que, por la conversión radical, decide transformar la crisis en oportunidad de renacimiento.

Esta prueba de fe recrea nuestra esperanza, no desde un proyecto utópico a la Moltmann o a la Ernst Bloch¹, ni nostálgico, como los movimientos neoconservadores y restauradores. La esperanza eres tú y yo, somos nosotros en esta voluntad irresistible de dar sentido, no desde afuera, sino desde dentro de y entre nosotros mismos. Es la hora de una esperanza que brota de la fe y, a la vez, la dinamiza hacia el combate, aparentemente absurdo, de la cruz.

La clave apocalíptica.

Conviene, a estas alturas de nuestra reflexión, precisar algunos elementos constitutivos de lo que llamamos una lectura apocalíptica de la Historia, para intentar aplicarlos a la realidad actual.

En primer lugar, la apocalíptica parte de una *constatación*: lo viejo, lo conocido, con sus evidencias y sus creencias propias, llega a su fin. Algo radical y totalmente inédito está por nacer, de lo cual ignoramos casi todo.

Este duelo de lo viejo, y esta incertidumbre ante lo nuevo, implican, a su vez, una amplia e incondicional *apertura* a la sorpresa del Espíritu, lo diferente venidero. Apocalipsis, en efecto, significa “revelación”, apertura de lo sellado, desde donde debe surgir, inquietante y esperada, la novedad.

En este a-priori por lo nuevo, el creyente escudriña y adivina el *cielo abierto* (diríamos, en categorías de hoy, la reconciliación, la reintegración de lo espiritual y de lo material). En efecto, lo nuevo, pronto a revelarse, es asunto de Dios. En este gran combate, cósmico e histórico, las fuerzas espirituales (“ángeles” y “demonios”) son las primeras

¹ Jurgen Moltmann; *Theology of Hope* (Teología de la esperanza). Primera edición en 1967. Última edición 2002, SCM Classics.

Ernst Bloch: *El principio de esperanza*. 1954-1959.

implicadas, los actores principales. Pero el verdadero maestro de la guerra es el Dios que lo hace todo nuevo.

Esta directa implicancia del Cielo en la Historia humana, explica una *visión litúrgica* de los acontecimientos. Todo se da como si se tratara de un minucioso culto rendido a Dios, inaugurando otro universo.

Estoy cada vez más convencido, por mi parte, que estamos entrando en una era de total metamorfosis de todas nuestras referencias, lo que suelo llamar “la era de la mariposa”. Nos encontramos en el preciso momento, nocturno y secreto, del proceso de la crisálida. Mañana, al despertar, todo habrá cambiado y no quedará nada del gusano que se arrastraba en la ceguera antigua.

En este contexto, creo que la esperanza sólo puede descifrarse en categorías simbólicas. Se tratará, en adelante, de privilegiar la dimensión mística de toda realidad. No tenemos la costumbre, en la Iglesia latina, en particular en América, de aplicar esta clave de lectura a lo que nos rodea y acontece. Pero creo que no nos queda otra.

Esta nueva simbólica implica también una nueva apocalíptica, acorde a los nuevos paradigmas. En particular, hay que pasar de una visión dual del universo (el mundo material y el mundo espiritual), propia de la apocalíptica premoderna, a una visión autónoma del mundo. Existe un solo mundo donde lo espiritual, lo divino, la “deidad”, diría Maestro Eckhart², es el propio dinamismo interno de la vida que mueve, desde sus entrañas, el universo “uno”.

Una nueva teología de la esperanza.

Volvamos a las diferentes teologías de la esperanza que han florecido desde el Concilio. La primera, inspirada por Bloch, Moltmann y la Teología de la Liberación, encarna la esperanza en un *proyecto*, como lo afirma explícitamente Bloch (“El proyecto de esperanza”). La segunda, que hemos relacionado con la *nostalgia del retorno* del Exilio, caracteriza esencialmente los medios neoconservadores de la Iglesia. Quizás sea también, implícitamente, la que inspira el pontificado, algo sacudido, de Benedicto XVI. La Vida Consagrada de hoy oscila constantemente entre estas dos perspectivas.

Pero, como lo decía al comenzar estas reflexiones, hay que cuidarnos, en el contexto actual, de no “equivocarnos de esperanza”. Pues, no tenemos, hoy, otra alternativa que “*la esperanza contra toda esperanza*”, de la que habla Pablo. Y al pensarlo más detenidamente, podría ser, en definitiva, que toda esperanza sea, en su esencia misma “contra toda esperanza”. El resto, nuestros proyectos y nuestras nostalgias ¿no serán simples ilusiones, enraizadas en nuestro imaginario, generoso por cierto, pero engañoso?

En francés, existen dos conceptos diferentes que dan cuenta de este matiz. “L’*espoir*” participa de la noble pero ilusoria proyección de nuestro imaginario, y de nuestro deseo sostenido por él. André Malraux fue un cantor eximio de esta experiencia humana tan noble³.

² Jean François Malherbe: « Souffrir Dieu ». La prédication de Maître Eckhart. Paris 1992.

³ André Malraux : L’Espoir, Gallimard, Paris 1937.

En cambio, “l’espérance” es algo indefinido, sin referencia precisa. El poeta Péguy dirá que esta misteriosa niña, la “segunda virtud” en cuyo “pórtico” se refugia, deja perplejo al propio Dios⁴. Esta esperanza, lo reiteramos, es dinamismo impalpable, interna a la fe, dinamismo, invisible pero irresistible, de acción y conversión.

Para entrar en esta nueva esperanza, quizás tenemos que renunciar, por un tiempo por lo menos, al “*todavía no*” del Reino, que tanto moviliza nuestras energías desde 50 años, para dedicarnos a tomar permanentemente el pulso del “*ya*”, modesto pero real, de este Reino en dolores de parto en el “instante eterno” del presente.

En otras palabras, hay que reconectar la esperanza con la simple antropología teológica. Una vez más: la esperanza soy yo, tú y yo, somos nosotros en toda apuesta por el diálogo, la confianza y el perdón. Esta esperanza se decide a cada paso del presente.

Replantear la escatología.

Más allá de la antropología de la esperanza que acabamos de evocar, se trata también de visitar la escatología, como *mística eterna del instante, más allá infinito inserto en el presente*.

Por cierto, los “*nuevos paradigmas*” y los “*nuevos escenarios*” de la postmodernidad han sonado la hora de la obsolescencia de todo discurso. Entramos en una zona apofática donde toda palabra religiosa conocida se vuelve casi inútil y sin sentido para decir la realidad, y sobre todo para aproximarnos al misterio y a Dios.

En este contexto, en particular, la teología de las postrimerías, totalmente polarizada por el más allá y el futuro post mortem, se vuelve bastante problemática. Nuestra esperanza tampoco se fundamenta, en este sentido, en un futuro más allá de la muerte. Aspiramos, hoy, a una reformulación de la escatología como el dinamismo del infinito en lo finito, de lo divino en lo humano, de lo invisible en lo visible. Es tiempo, para la Iglesia latina, de asumir la categoría del cristianismo oriental que habla de deificación de la condición humana, como un proceso permanente y eterno.

Por otra parte urge renunciar a una racionalidad exclusivamente *política*, que privilegia la ética, propia del Éxodo, con su justicia y su Ley. Es también hora de dejar el simple *profetismo histórico*, con su optimismo impenitente, aún en sus críticas, para ensayar una nueva racionalidad, mas modesta y realista, netamente *simbólica y poética*. Es el momento de comprender “poéticamente” el mundo.

En este intento, es urgentísimo recrear una verdadera *experiencia mistagógica* de la fe, una nueva palabra litúrgica, viva y fecunda. Uno de los motivos de nuestra agonía espiritual se debe encontrar en la pobreza extrema y en la total inadecuación de nuestra vida celebrante. La prioridad de las prioridades es reaprender el arte contemplativo de celebrar juntos, de manera significativa, en el corazón mismo de nuestro compromiso más radical por los pobres.

En esta escuela litúrgica recreada, aprenderemos entonces, “a lo apocalíptico”, a comprender y a vivir el universo como una solemne y grandiosa liturgia histórica y

⁴ Charles Péguy: Le porche du mystère de la deuxième vertu, Paris 1912.

cósmica. Convendría, para tal fin, volver a un gran precursor, incomprendido hoy como ayer, que fue Pierre Teilhard de Chardin⁵.

¿Y la Vida Religiosa?

Y en nuestra Vida Religiosa, ¿cómo se porta la esperanza? Desde siempre hemos adoptado una postura bastante voluntarista al respecto. Hay que esperar, puesto que esto es lo cristianamente correcto. Pero ¿cuál es el verdadero contenido de nuestra esperanza hoy?

Más allá de los discursos piadosos de circunstancias, ¿no estaríamos, más bien, encubriendo un intenso sentimiento de pánico ante tantos esfuerzos (inserción, inculturación, refundación etc.) vanos para contrarrestar la crisis, desde más de treinta años?

La pregunta que se impone, si somos sinceros, es la de saber ¿en qué hemos puesto nuestra esperanza? Aunque no lo afirmemos abiertamente, la medida de nuestras esperanzas es, por una buena parte, la cantidad de “vocaciones” que entran cada año a nuestras casas de formación y su perseverancia. Cuando dos provinciales se encuentran ¿de qué hablan y qué se preguntan? “¿Cuánt@s tienes?” Es una esperanza cuantitativa anclada, inconscientemente, en nuestra única preocupación: la continuidad de nuestra existencia como institución y carisma.

Estamos lejos de lo que llamaría, parafraseando a Dietrich Bonhoeffer⁶, “la esperanza que cuesta”. De nuevo, no se trata de soñar, incluso con cifras y números. La esperanza no es un milagro sino una tarea de conversión de las instituciones y de sus miembros.

Más que de “vocaciones” se trata de nuestra verdadera “vocación”. Como Vida Consagrada, tenemos vocación de esperanza, es nuestra misión y nuestra responsabilidad en la tiniebla del mundo, cualquiera sea la fecundidad visible y cuantitativa de nuestras pastorales vocacionales y de nuestras obras.

En la perspectiva apocalíptica que exploramos aquí, la esperanza es el empuje espiritual de nuestra vida espiritual, pastoral y misionera, de nuestras relaciones comunitarias. Si de eso se trata, nos toca revisar urgentemente nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la calidad de nuestra experiencia mística, el entusiasmo gratuito que invertimos en todo lo que emprendemos, sin poner la mirada primero en los resultados.

La esperanza está dentro del dinamismo de nuestro presente personal y comunitario, lo cual implica emprender una peregrinación de conversión, de resurrección. Hay llagas morales, afectivas, espirituales e institucionales de las cuales padecemos cruelmente que son absolutamente incompatibles con esta visión de la esperanza.

Finalmente, la esperanza, para nosotros, tiene que ver con el arte de morir a nosotros mismos, a nuestras obras y a nuestras cifras. Muchos estilos y formas nuestras, incluyendo muchas familias religiosas enteras, van a tener que morir pronto.

⁵ Pierre Teilhard de Chardin: El Himno al Universo, Trotta, Madrid, 2004.

⁶ Dietrich Bonhoeffer: El precio de la Gracia. El seguimiento, ed. Sígueme, Salamanca, 1974.

En esta misma muerte está nuestra esperanza y no en la “terquedad terapéutica” que mantiene artificialmente en vida un cuerpo virtualmente muerto, desde el punto de vista de su calidad evangélica y humana. Morir en el entusiasmo de la fe con una total y abandonada confianza en Dios y una intensa calidad de presencia al mundo, a la Iglesia y a los hermanos y hermanas, habla mejor de esperanza y de resurrección que ninguna técnica barata de sobrevivencia sin significación.